







[www.loqueleo.com/co](http://www.loqueleo.com/co)

*Una amistad en juego*

© 2017, Fernando Escobar Borrero

© De las ilustraciones: 2017, Alejandro Uscátegui

© De esta edición:

2017, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

[www.loquileo.com/co](http://www.loquileo.com/co)

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-5403-24-6

Impreso en Colombia

Impreso por Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Primera edición: marzo de 2017

Séptima reimpresión: noviembre de 2021

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# Una amistad en juego

Fernando Escobar Borrero

loqueleo



*A Leonor:  
mamá, hermana y amiga*





## Una señal del cielo

Como si fuera un proyectil, un balón blanco atravesó por los aires la carrera once, llevándose a su paso las hojas de un árbol de urapán y asustando a un par de torcazas que huyeron despavoridas. Ser defensa central le permitía a Camilo desahogar de un solo patadón toda su furia contra un pedazo de cuero inflado y, de paso, salvar a Sexto C de un inminente empate.

—¡Vaya por él, Camilo! —gritaron en coro un par de compañeros de su equipo.

No importaba que hubiera detenido un ataque de Sexto A. Todos le cayeron encima.

—¡Corra, Camilo, que ese balón fue el regalo de cumpleaños de Juanjo, y el papá lo casca si se llega a perder, eso es mucho lento! —dijo Quijano, el capitán del equipo.

Camilo, sin pronunciar una palabra, se fue hasta la cerca de pinos que separa al colegio de la carrera once para ver dónde había quedado el balón. Entre los buses y los carros que recorrían la carrera de norte a sur, no se veía rastro del esférico. Un hombre reciclador, que estaba con su carro de balineras al otro lado de la calle, le contó con sus manos, y a la distancia, lo que había sucedido y lo que iba a suceder. Primero le señaló la enorme tapia blanca al otro lado de la calle, haciendo unos movimientos circulares con sus dedos índices, dando a entender que había caído dentro. Luego hizo un movimiento con su mano abierta golpeándose el cuello, como indicando que no volvería a ver el balón. Camilo tragó saliva, se fue a hablar con el prefecto de disciplina, y le contó lo ocurrido.

—Mmm... pues tiene que ir hasta el convento, córrale que ya se va a acabar el recreo, y díglele al profe de educación física que lo acompañe, para que no cruce solo la once.

—Yo puedo ig solo. Si me vengo solo al colegio todos los días.

—Entonces apúrele. Ah, y Camilo, póngase el pantalón de sudadera, ¿no ve que va para un convento?

Camilo no hizo caso, salió corriendo con los guayos puestos, la cara sucia por la tierra y el sudor, y un leve miedo en su pecho, que se lo producía imaginar al papá de Juanjo pegándole.

—¡Muévalo, Camilo! ¡Si no se lo devuelven, me lo paga y se las ve con mi papá! —dijo Juanjo, mientras vaciaba los últimos trozos de papa frita del paquete en su boca.

11

Al llegar a la portería del colegio, Ananías, el vigilante, interrumpió un juego de ajedrez que jugaba consigo mismo en un pequeño tablero y le preguntó que para donde iba tan afanado. Camilo le contó que al convento para rescatar el balón que había pateado hace unos minutos.

—Sumercé sí le da duro a ese balón, oiga. ¡Así debería darle a los que lo joden!

—¡Nos vemos, Ananías! —le dijo y salió corriendo por el andén al lado de la cerca de pinos. Al llegar a la esquina, le pareció que el semáforo duraba eternidades en rojo. Vio de nuevo al reci-

clador buscando entre la basura algo de cartón. Se puso a pensar por qué había confiado tanto en la palabra (o en los gestos) de ese hombre. ¿Qué tal si él hubiera cogido el balón? No. Se respondió a sí mismo. Se veía buen tipo, pensó, y si hubiera cogido el balón para él, tal vez la gente que pasaba por ahí le habría dicho que lo devolviera. Mientras cruzó la carrera once, miró al reciclador y levantó el pulgar en señal de agradecimiento por la información. Este volvió a hacerle el gesto con la mano sobre el cuello. Al llegar al otro lado de la calle, pensó que la patada que le había dado al balón había sido realmente fuerte para haber atravesado ese trayecto. Pensó que el resultado del partido ya no le importaba tanto. No le importaba si Sexto A les ganaba, lo único que le importaba en ese momento era rescatar el balón y estar fuera del colegio en horario de clase. Pasó al lado de la iglesia. Pensó entrar, para ver si alguien le daba razón de por dónde entrar al convento, pero se acordó de que iba en pantaloneta y guayos, y prefirió no hacerlo. Bordeó la iglesia y al final de esta vio una entrada. Había pasado frente a ella muchas veces viniendo de su casa hasta el colegio pero jamás

había reparado en ella. Se decidió a timbrar. Unos 15 segundos después se abrió una puertecita y una monja se asomó, dejando ver levemente su rostro y sus gruesos anteojos.

—A la orden —dijo con voz seria pero amable.

—Buenas, es que se me cayó un balón en el convento.

—¿Un balón?

—Sí, de fútbol. Yo estudio en el colegio, cguizando la caguega once. Está nuevo y tiene un escudo del Gueal Madguid.

La monja abrió la puerta.

—Siga.

Camilo entró por un corredor oscuro que tenía algunas escaleras, luego pasó a una sala pequeña.

—Espere aquí. Veré qué puedo hacer. No le prometo nada, joven.

Camilo volvió a tragar saliva en menos de 10 minutos. Se sentó y puso las manos sobre las rodillas llenas de pasto y tierra. Notó que estaba cansado. No tanto por el partido como por el carrerón que se había pegado desde el colegio hasta el convento. Miró algunos cuadros viejos de lo que parecían ser imágenes de santos. Con su guayo izquier-

do golpeteaba el piso con algo de impaciencia. De repente apareció de nuevo la monja y le dijo que la acompañara. Mientras caminaban por un corredor, la monja delante de él iba hablando.

—Espero que no haya caído en el huerto, porque no quiero imaginarme a sor Egidia cuida sus hortalizas y legumbres como si fueran sus propias hijas. Siéntese aquí, joven. En un momento lo atenderán.

Camilo se sentó en un pequeño cuarto que tenía tres asientos en frente a una reja. Al otro lado de la reja, había una especie de celda pequeña y oscura con una puerta y un asiento de madera ubicado de frente a la reja. Le pareció curioso el lugar. Se sentía un poco intimidado, como visitando a alguien en la cárcel. De repente se abrió la puerta de la celda y apareció una monja pequeña, con unas gafas redondas de marco delgado con el balón en sus manos. Camilo pasó saliva por tercera vez y se puso de pie.

—Disculpe, sog Edig... Egidia, es que pateé muy dugo el balón y vino a dag al convento, espe-guo que no haya caído sobgue sus cultivos.

—Hola —dijo la monja, con una voz dulce y alegre, esbozando una sonrisa sincera—. No soy

sor Egidia, soy sor Alicia. Sor Egidia pensaba venir, pero yo le dije que me permitiera recibirte.

Camilo permaneció en silencio. Aunque detrás de esas gafas redondas parecía verse un rostro amable, lo único que quería era recibir el balón y salir de allí pronto.

—Las hortalizas están bien. La que no está muy bien es sor Egidia. Imagínate, con esta sequía, estaba rezando mientras arreglaba la tierra, pidiendo una señal del cielo para que lloviera, y parece que el cielo la escuchó y le mandó una lluvia en forma de balón, que le vino a caer justo en sus posaderas. A la pobre casi le da un ataque.

Camilo no sabía si reírse o tragar más saliva, pero se decidió por lo primero.

—Mira, aquí está el balón, pero está pinchado. Sor Egidia, de la rabia, lo clavó contra una penca.

El rostro pálido de Camilo, que cambió la risa por pánico, hizo que sor Alicia continuara hablando.

—Tranquilo, no está pinchado, mira, toma tu balón.

Cuando el joven estiró la mano para recibirlo notó que el espacio de la reja era muy pequeño para que cupiera por ahí el esférico.

—Uppss —dijo sor Alicia con algo de ironía. Lo siento, creo que va tener que quedarse aquí el balón.

El rostro de Camilo ahora estaba blanco.

—Descuida, ya veré la manera de sacarlo.

16 Camilo no respondió, solo miraba si había un lugar de la reja que fuera un poco más ancho. Y, en efecto, vio uno a un costado.

—No cabe —dijo sor Alicia. Ese espacio es para pasar algo pequeño que nos traigan cuando nos vienen a visitar, pero el balón no cabe por ahí. ¿Sabes? Es la primera visita que recibo en años. Siéntate.

—Es que ya tengo que irme.

—¿Ya tienes que irte? ¿O ya quieres irte? Es distinto, ¿verdad? Siéntate.

Camilo se sentó pensando en la diferencia.

—Supongo que a tu mamá le encanta que llegues todo untado de tierra a la casa, ¿verdad?

Camilo permaneció en silencio.

—Supongo que te manda lavar con estropajo...

—Noo... No tengo mamá —dijo Camilo serio mientras se acariciaba las rodillas.





—Es una pena. ¿Quieres una zanahoria? La tomé del huerto cuando sor Egidia cayó de cara entre la tierra por tu balonazo.

Camilo negó con la cabeza.

—¿No la dejan salir de aquí? —preguntó Camilo intrigado.

18 —Sí me dejan. Pero yo decidí estar aquí y no salir. Claro que si hubiera algo muy importante, saldría, como por ejemplo, si sé que hay pandebonos calientes al otro lado de la calle.

Camilo sonrió.

—Tengo que irme... cagueo que ya debió empezar mi clase de biología y voy mal.

—Me gusta la biología, me gustan las zanahorias por ejemplo. ¿Cómo te llamas?

—Camilo.

—Mira, Camilo, llévate esta zanahoria entre la media. Así, cuando llegues a casa te harás una ensalada y recordarás que hoy le alegraste el día a sor Alicia. Ahora ve y espera el balón afuera, al otro lado del muro.

Camilo salió rápido del convento, pasó frente a la iglesia y volteó por la carrera once hasta quedar frente al enorme muro. Esperó un rato afuera has-

ta que, de repente, escuchó rebotar el balón. Tuvo que dar un par de zancadas para atraparlo antes de que se fuera hasta la calle. Unos segundos más tarde, algo golpeó en su cabeza, era una repentina lluvia de rábanos.

